

Santo Piazzese

La doble vida de M. Laurent

Traducción del italiano
de Pepa Linares

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Índice

I		
	<i>September song</i> , aunque era octubre	13
II		
	La ugrofinesa	26
III		
	El 21/31 iba de Torrelunga a la Acquasanta	46
IV		
	La Viuda Alegre	69
V		
	La noche en que Chet Baker tocó en el Brass	100
VI		
	El pelargonio blanco	118
VII		
	Las prisiones de M. Laurent	150
VIII		
	El Fiat Uno blanco	176
IX		
	Comprad la sal y conservadla	192
X		
	¡Ah, Mijaíl Ilariónovich!	208
XI		
	Feliz Navidad y <i>Achtung</i>	227
XII		
	Más tarde, mañana, quizá nunca	238

*A Carolina,
pero a partir del 11 de mayo del año 2010*

Los personajes, los hechos y las situaciones de este relato son completamente imaginarios.

September song, aunque era octubre

—Te llevo yo, me viene de paso —le había dicho a Spotorno.

Y no me venía de paso en absoluto.

Las frases de apariencia más inocua son las que ocultan en su interior las bombas de relojería más traicioneras.

Pero será mejor que, antes de continuar con la historia del muerto asesinado, de la ugrofinesa, de la Viuda Alegre y todo lo demás, cuente por qué me encontraba en casa del señor comisario. La Verdad es siempre revolucionaria, según dicen; incluida la verdad meteorológica.

La cuestión es que había rayos y truenos y lluvia y un pedrisco rabioso que pegaba contra los cristales, y que, puntual como una némesis borrascosa, estaba también el consabido apagón de marca ENEL¹, que en Palermo se sabe cuándo empieza...

Así que era una noche oscura y tormentosa, ¿qué puedo hacer? Oscura como boca de lobo y tormentosa sin remedio. Y yo estaba desconcertado.

Era un desconcierto existencial, propio de un otoño de verdad, no de esas metáforas otoñales de la vida que nos afligen el año entero por culpa de las estrofas de los más depravados cantautores posmarxistas-neoprévertianos. Estábamos en octubre, y desde la llegada de la Segunda República el otoño me reserva un octubre desconcertado. Son de esos días que parece que tienes un Bronx dentro de la cabeza, pensamientos que deben tratarse con cautela, prestando atención a las esquinas y a los rincones oscuros antes de arribar al refugio de un daiquiri helado en su punto justo. Hasta mi muy privado *hi-fi* mental se había adecuado al caso, porque desde principios de octubre me atrapaba a traición de vez en cuando y me

¹ Siglas para Ente Nazionale per l'Energia Elettrica. (*Todas las notas son de la traductora*).

transmitía *September song* en sus más variadas versiones *amateurs*. Y la contradicción es solo aparente, ¿o no era también eso un índice de desconcierto?

Tal era el motivo de que me encontrara en casa de Spotorno. ¿De qué sirven los amigos, si no? Y ni siquiera era la primera vez en aquel mes; mis visitas a casa de Vittorio, por lo general tan infrecuentes como los papas polacos, eran ya tan numerosas como los seminaristas de Cracovia.

Traducido a términos operativos, y dada la falta de luz, fueron seis pisos a pie hasta la puerta que —podéis apostar— a él le gustaría que tuviera un cristal esmerilado y una inscripción en letras un poco descascarilladas: «Philip Marlow... Investigador». Que en «localés» sería «Doctor Vittorio Spotorno... Comisario», porque Vittorio, madero tecnológico y de atmósferas, considera que su casa es una especie de sucursal de la oficina de Villa Bonanno, en la Brigada Móvil.

Fue una auténtica cena a la luz de las velas, ya que la luz iba y venía con la frecuencia del faro del muelle norte, circunstancia que ponía de los nervios a Amalia, perdida la esperanza de hacerme oír de un tirón su nuevo CD con los conciertos para guitarra y mandolina de Vivaldi por Narciso Yepes como solista. Hacía rato que habíamos acabado de cenar y Vittorio arrancaba ya con sus habituales maniobras.

—Deberías ser sincero al menos contigo mismo. El tiempo es lo de menos. Lo que pasa es que tienes que empezar el curso en la universidad y te fastidia un montón porque eres un gandul de primera.

—Ya sabes lo que ocurre, Vittò; con el antiguo ministro, la universidad estaba al borde del precipicio; por suerte, con el nuevo está a punto de dar un paso adelante decisivo. Y no me gustaría interferir...

—Si por lo menos hubieras ido a la mili, ahora...

—Ahora estaría aún más agilipollado que tú. Vittò, no es necesario que te provoques el síndrome de Abel. ¿Te acuerdas de cómo acabó aquello?

Por lo normal, necesita un par de vasos de Slivovitz antes de empezar a explicarme lo que yo debería hacer con mi vida. En esta ocasión le había bastado con el primero. Un alzhéimer precoz, probablemente. Aunque quizá, una vez al menos, había acertado. Era la historia de siempre. Yo tenía todo el guion escrito en la cabeza. El punto dos del orden del día correspondía al argumento del matrimonio. El mío. El que no existe. Pero esta vez fui yo a por él.

—Imagínate lo bueno que habría sido que me hubiera casado a su tiempo, Vittò. Piensa en cuántas meriendas dominicales en la hierba nos hemos perdido, todos apasionadamente juntos, como una única y gran familia, con nuestros niños berebernormandos formando un precioso grupo salvaje al lado de nuestros perros de pura raza aria, y nosotros organizando intercambios de pareja con nuestras consortes, emancipadas gracias a la lectura del *Cosmopolitan*. Amalia no podría creérselo. ¿Ya te ha dicho que de noche sueña conmigo?

—Son pesadillas, Lorè, pesadillas.

El teléfono salvó a Vittorio de mis sarcasmos, en constante e inevitable ascenso siempre que él empieza esa conversación. Al primer timbrazo miré automáticamente el reloj. Era casi medianoche. Amalia, que hojeaba un número de *Rakam*², no hizo intención de responder. Aparte de la estocada de las pesadillas, no había levantado la cabeza durante el intercambio dialéctico entre su legítimo y yo. Tampoco para ella era una novedad.

A esa hora, el teléfono solo quería decir una cosa. El señor comisario se levantó de la mesa haciendo una mueca y se arrastró hasta el aparato.

—Spotorno.

Vittorio responde siempre en calidad de madero, incluso desde su casa.

—¿Dónde?... ¿Se sabe quién es?... No, no es preciso; ya voy.

Amalia levantó la barbilla con un gesto más acusador que interrogante, quizá para equilibrar el aire de perifrástica activa que tenía el rostro de su consorte.

—Hay un herido de bala en el Papireto —dijo Vittorio.

No era necesario añadir más. Se dirigió al perchero de la entrada donde, antes de sentarse a la mesa, según pasaba, había colgado la chaqueta y la corbata. Esta última estaba aflojada, pero conservaba el nudo de la mañana.

—Tenía la corazonada.

Amalia bufó. Solo un poco, como buena mujer de madero, pero bufó. Vittorio hizo intención de buscar las llaves del coche y fue entonces cuando se produjo el incidente.

—Te llevo yo —dije—, me viene de paso.

Vittorio escrutó mi cara un par de segundos. Imaginé que iba a reprocharme unas recientes y no bien vistas incursiones mías en su territorio de caza.

² Revista italiana de labores.

—Si lo prefieres, me quedo en tu casa y trato de seducir a tu mujer, que, para que lo sepas, no ha parado en toda la noche de hacerme piecitos por debajo de la mesa.

Sin esperar a que respondiera, me dirigí a la puerta. Él se encogió de hombros y me siguió. Amalia vino detrás.

—¿Y luego cómo vuelves? —Pregunta retórica y voz quejosa, en contradicción con la mirada beligerante.

—Lo acompañará uno de sus lacayos —repliqué.

Amalia contemplaba los restos del enésimo fin de semana reducido a un cúmulo de cenizas humeantes. Era un sábado de finales de octubre que ahora invadía un domingo que no prometía nada bueno. Como el resto del milenio. El Nuevo avanzaba implacable, sin hacer prisioneros.

Entretanto había vuelto la luz, pero de todas formas bajamos por las escaleras para no quedarnos atrapados en el ascensor. Vittorio me precedió en silencio durante los seis pisos que nos separaban del portal. La casa de los Spotorno es un pequeño bloque situado al fondo de la avenida de Strasburgo, casi en la frontera con el ZEN³, prácticamente en el quinto pino.

Yo no tenía sueño, ni tampoco ganas de regresar a la base. Después de la larga travesía del *west end*, en la directriz Strasburgo-Restivo, doblé por Via Brigata Verona, enfilé los consabidos nudos corredizos viarios y salí a Via Libertà. Había el mismo tráfico denso e histérico que en pleno día, porque habíamos pillado la hora de salida de los cines. Eso sin contar con que, desde hacía unas semanas, la autoridad estaba cumpliendo la primera parte de una antigua promesa de carriles de bicicletas. Quiero decir que, de momento, nos habían suministrado los carriles. Estilo Camel Trophy. Además de unos trincherones propios de la Gran Guerra que seccionaban la piel y la carcasa de la Antigua Palermo con un retículo tupido e irracional. Las grandes obras para el metano-que-nos-da-la-mano, a la espera de transformarnos en otros tantos Mucio Escévola⁴.

En los Quattro Canti giré por Corso Vittorio, en dirección a la catedral. Había dejado de llover desde que salimos y, aprovechando la tregua, parecía que toda la población de la felicísima ciudad de Palermo afluía al Cassaro Alto. Se me había olvidado que el sábado por la tarde entraba en vigor la isla peatonal. De todos modos,

³Zona de Expansión del Norte.

⁴Personaje de la Roma antigua relacionado con la expresión «Poner la mano en el fuego por algo o por alguien».

introduje la proa de mi Golf blanco y me abrí paso entre el gentío, centímetro a centímetro, negándome a tocar la bocina cada cinco segundos como pretendía Vittorio. No parecía que nadie se asombrara. Vittorio despotricó.

—Habría hecho mejor pidiendo un coche patrulla.

—Al fin y al cabo, el muerto está muerto, Vittò, no se te va a escapar.

—Los tiempos son fundamentales para el éxito de la investigación.

—¡No me hagas reír! ¿Pero vosotros cuándo habéis cazado a alguien, con tiempos o sin ellos?

En Piazza Bologna la multitud era tal que nos tocó estar parados por lo menos dos minutos. Desde lo alto del pedestal, Carlos V parecía más ceñudo de lo habitual, el brazo tendido hacia delante y la mano con la palma hacia abajo. Existen en la ciudad dos escuelas de pensamiento sobre el significado que cabe atribuir a la postura. Según la escuela inflacionista, Carlos V dice que para vivir en Palermo se necesita una porrada de dinero de esa altura. Por el contrario, la interpretación historicista hace referencia al nivel alcanzado por la basura cuando el anticiclón de las Azores alteraba el humor del sindicato amarillo de la limpieza urbana. A decir verdad, existe también una interpretación cambronniana, pero varía en función de la mayoría política del momento en el Palazzo di Città.

Spotorno se despabiló antes de llegar a la catedral.

—Gira aquí.

Superada Piazza Sett'Angeli, me indicó que doblara a la izquierda y bajara luego por Via Bonello, pasada la Loggia dell'Incoronazione. ¡Como si los sentidos únicos me hubieran dejado otra elección! Acababan de terminar la restauración de la Loggia, que ahora resaltaba sobre el fondo como la típica corbata autoritaria sobre traje gris «forzitalico», toda repulida y del color ambarino y soñoliento de una siesta en una tarde avanzada de agosto. Mejor estaba antes, con las viejas piedras surgiendo de las hiedras selváticas, que ahora habían sido completamente amputadas. O será que yo he desarrollado ese gusto decadente, como de muerte en Venecia, que produce tanto intelectual demodé.

Nos introdujimos en el dédalo que hay frente al Mercato delle Pulci, al costado de la dependencia de la Accademia di Belle Arti del Palazzo Santa Rosalia. El muerto estaba un poco más allá. El sitio bullía de policías. Parecían más de los que eran, por culpa de un efecto óptico debido a la angostura de los espacios que delimitaban el llamado lugar del delito. No cabía duda de que el lugar en

cuestión era aquel: había un mar de sangre, mucho más de los cinco litros y medio autorizados por los textos sagrados para un cuerpo estándar. Y la verdad es que el difunto no aparentaba haber contenido mucha sangre en el cuerpo. En efecto, era un engaño porque el muerto se había caído bocabajo en el centro de un charco de agua fangosa que lo diluía todo. No siempre «la sangre no es agua». No había hecho más que llover en todo el santo día hasta poco antes. Parecía que llovía desde arriba y desde abajo. Yo esperaba que hubiera llovido también donde mi hermana, en el campo, para que mi cuñado dejara de hacer la plañidera griega con el asunto de la sequía que, dentro de poco, iba a conducir a toda la familia a pedir limosna delante del Ecce Homo.

La luz de los faros de los coches y de las células fotoeléctricas que iluminaba la escena liberaba sombras ameboides, animadas por los reflejos azulados de las luces giratorias de las patrullas. A pesar de los colores, el conjunto tenía algo de flamenco, como los cuadros vivientes de algunas películas de Greenaway. Encendí un Camel y me dispuse a contemplar el espectáculo. No era el único, estaban también los habituales ociosos, desganadamente mantenidos a raya por los maderos. Junto a Vittorio, se había situado un tío joven e implume, cuyo rostro me resultaba vagamente conocido por la prensa. Mientras me preguntaba quién era, alguien lo llamó en voz alta: De Vecchi. El doctor Loris De Vecchi, la última adquisición de la Fiscalía. Visto de cerca, se acentuaba su aspecto de maniaco sexual en libertad vigilada que me había parecido notar en la foto de los periódicos, con un ojo mirando a Cristo y otro a san Juan. En el caso que nos ocupa, Cristo estaba personificado por mi amigo madero. Con el otro ojo, providencialmente estrábico, el fiscal se ocupaba de sondear el pecho de Michelle, generoso y aun así reservado. Reservado en todos los sentidos, esperaba yo. El más importante de los cuales era el que suscribe.

Estoy en condiciones de contar todo esto porque decliné la invitación de Vittorio a dejarlo allí y largarme a mi casa; y no por una atracción morbosa, dado que los muertos me impresionan y tiendo a esquivarlos, sobre todo cuanto existe una posibilidad fundada de que estén desfigurados, desmembrados o maltrechos en general. Eso por no hablar de los ahorcados con la lengua fuera.

Si me detuve fue solo porque entre los maderos, los fotógrafos y otros infiltrados afectados de necrofilia de fin de semana, había captado el destello a la henna de una melena conocida. En resumidas cuentas, cuando me ofrecí a hacerle compañía a Vittorio, espe-

raba encontrar a Michelle. Era cuestión de probabilidades. No hay tantos médicos forenses en la capital del crimen. Le hice una señal desde lejos para darle a entender que estaba dispuesto a quedarme hasta el final de la representación, y continué observando la escena.

De cintura para abajo, el muerto se hallaba en la acera. El resto acababa en el aguazal, al borde de la calle, que terminaba en una casa vieja y en malas condiciones, con un balconcito con la base de mármol y una barandilla de hierro que recorría la fachada a todo lo largo. Desde una esquina del balcón, bajo un tejadillo de corrugado verde, un pelargonio *scandens* blanco, arrogante e hipervitaminado, contemplaba de arriba abajo las casuchas decrepitas rodeadas de ortigas de casi un metro de altura y con unos troncos gruesos como amarras.

A petición de Michelle, dieron la vuelta al cuerpo y lo colocaron bocarriba. Hasta donde podía captarse de un tío en tales condiciones, aparentaba unos cincuenta años y una talla media, e iba vestido con una chaqueta y una corbata pasablemente elegantes y empapadas de lluvia. Por suerte para mí no se veían heridas en la cabeza. Ningún trozo de cerebro con el día libre. Debían de haberle dado en el tórax, a juzgar por la mancha roja que se extendía por la pechera de la camisa. Michelle se acercó y lo examinó por todas partes. Percibí una cierta cautela en los presentes. Con toda aquella sangre en circulación y la histeria del sida, nunca se sabe. Michelle parecía la más desenvuelta, pero era solo una apariencia debida a su larga práctica con los muertos asesinados. Aparte de los guantes y la bata blanca, llevaba unas botazas de goma sobredimensionadas, que le llegaban por encima de las rodillas. A pesar de que le imponían unos andares antinaturales, no conseguía borrar la idea de levitación que transmite siempre su forma de caminar. Se inclinó sobre el muerto y le abrió un poco más la camisa. Quiso apartar la corbata, pero no pudo porque estaba sujeta a la camisa por un prendedor de esos que terminan en una insignia. Michelle quitó el alfiler y levantó la corbata, que era ancha, tipo sábana. Debajo aparecieron los bordes quemados del agujero de entrada de la bala, bien visibles en la camisa, pese a la sangre, incluso desde mi posición. No había que ser un experto para saber que el tiro se había disparado a una distancia de poquísimos centímetros.

Vittorio se aproximó con el fiscal, y los tres se pusieron a cuchichear un par de minutos. Mientras tanto, otros se ocupaban de limpiarlo todo. Se llevaron al muerto después de fotografiarlo por

los cuatro costados, y solo dejaron unos cuantos jeroglíficos que habían pintado con tiza aquí y allá cuando dejó de llover. Al rato, Michelle se sacudió los hombros, se despidió de los demás y se alejó en dirección a la parte trasera del furgón. Se liberó de la bata, de los guantes y de las botas y reapareció en vaqueros, sudadera y zapatos bajos. Se acercó.

—Lorenzo, ¿qué haces aquí?

—He venido con Vittorio.

—¿Me invitas a una pizza?

No la megafulminé solo porque yo empezaba a habituarme a los aspectos más cínicos de su profesión de médico de muertos asesinados. Yo, en su lugar, después de chapotear de aquel modo en la sangre, me habría sentido el píloro sellado durante un buen rato, aunque acabara de sobrevivir a una semana de dieta de puntos. ¡Y pizza, además, con todo ese tomate rojo en primer plano!

—De pizza, ni hablar. Si quieres comer, el menú lo elijo yo. Y el sitio también.

Conseguí una de sus legendarias risas guturales, que parecen directamente salidas de las zonas precognitivas del subconsciente, al menos cuando la precognición afecta al que suscribe. La cogí por el codo y la conduje al coche. Vittorio me miraba desde lejos. Le dirigí amplios gestos de despedida con el brazo y una sonrisa maliciosa de treinta y dos dientes. Él hundió la cabeza entre los hombros y se dio la vuelta. Fuera de su trabajo, nunca ha sido buen encajador. Lo que le resultaba difícil de encajar en aquella circunstancia era la confirmación de una línea directa entre Michelle y yo. Quién sabe si había comprendido cómo estaba exactamente el asunto. Que su compadre de anillo⁵ tuviera un probable comercio con una mujer oficialmente casada, aunque en espera de divorcio, no era cosa de poco. Tanto más si el compadre de anillo era el que suscribe, objeto consciente de la justificada veneración de los dos insensatos descendientes del señor comisario. La mojjatería de Spotorno la tolero mejor en los meses fríos. En todo caso, nunca se habría enterado por mí del estado de la cuestión. Entre otras razones porque yo mismo no lo conocía bien.

Michelle mantuvo una conversación trivial mientras yo me aventuraba por las callejas del Capo, a esa hora casi completamente ac-

⁵ Figura típica del sur de Italia. En tiempos actuaba como consejero matrimonial. En la actualidad, cuando existe, es el encargado de regalar los anillos a los novios.

cesibles, al menos para un Golf. Llegué a Piazza Verdi y estacioné frente a la escalinata del Teatro Massimo. Nos introdujimos a pie entre la muchedumbre de Via Bara. Nada más adecuado a la circunstancia. Yo canturreaba: «Quince hombres sobre el cofre del muerto y una botella de ron».

En el pequeño restaurante de Via Bara solo había una mesa libre. Después de los aperitivos de la casa, nos sirvieron entremeses para dos. Pese a todo, me sorprendí alargando mis garras hacia las tostas calientes con pasta de anchoas, queso rallado y dos o tres gotas de zumo de naranja. Un golpe a traición del chef que, aparte de todo, es periodista, lo cual no hace más que confirmar la antigua conexión periodismo-gastronomía que advertí la primera vez que puse el pie en Londres. Allí tienen la costumbre de envolver el *fish and chips* en papel de periódico rigurosamente *tory*, porque no hay nada mejor que la prensa conservadora para mantener en su grado exacto de rigidez los filetes de bacalao. Sobre todo si contienen artículos sobre las vacas locas o sobre el posthatcherismo a la sangre.

Michelle pidió para ella unos raviolis grandes rellenos de carne y fruta. Habría podido hasta marearme. Pedí un vodka.

—¿Quién era el muerto?

—Un tal Ghini. Umberto Ghini.

—No es un apellido local...

—No parece. Le han perforado el corazón. Un solo tiro, de pequeño calibre, a quemarropa. Una 22, probablemente.

—Mujeres, en tal caso.

—No tiene por qué. Parecía experto, y en ese barrio...

—¿Un robo?

—No creo. No han tocado la cartera. Y hasta le han dejado el reloj y el encendedor de oro.

—No me parece cosa de la mafia...

—Quién sabe... No sería la primera vez que...

—Ya. ¿A qué se dedicaba?

—Todavía no se sabe. Cuando nos hemos ido aún no había llegado nada de la Central. El nombre y la dirección los han tomado del carné de conducir.

—Entonces lo leeremos mañana en los periódicos. Total, para lo que nos importa...

Pausa de silencio. Se me vino a la cabeza la última vez que hice la misma observación concluyente, pero en esta ocasión tampoco noté ningún escalofrío premonitorio.

—¿Cuándo te marchas? —retomó al poco.

—Dentro de una semana. Salgo en domingo. El congreso empieza el lunes.

El Congreso de Viena. Suena bien, recuerda algo. Aunque no era más que un congreso de las sociedades europeas de bioquímica. Bien mirado, sin embargo, tenía algún punto de contacto con aquel otro de mil ochocientos y pico. En nuestro caso se trataba de hallar nuevos equilibrios entre las mafias bioquímicas de Europa y reconstruir sus zonas de influencia. Ocurre cada día más desde que las biotecnologías han pasado de ciencia pura a *business* impuro. Yo, para ser sincero, en esa circunstancia, pensaba limitarme a hacer de observador para el Departamento. Se trataba de una petición especial del Peruzzi, que por fin ha conseguido que lo elijan director, y que, desde hace poco tiempo, manifiesta una gran consideración —solo en parte correspondida— por el que suscribe. El Peruzzi anda a la caza de nuevos espacios para el Departamento y de posibles alianzas internacionales. A mí estas cosas se me dan bien. Además, Viena siempre ha ocupado el centro de mi corazón. Tendré un par de neuronas centroeuropeas clandestinamente anidadas entre mis vísceras magrebíes. Me entraron ganas de silbar el tema de *El tercer hombre*.

En cambio, le solté:

—¿Por qué no vienes tú también?

—¿Y cómo lo hago?

Me constaba que no podía. Por otro lado, no estaba claro qué naturaleza asignarle a nuestro nuevo giro de vals existencial, después de tanto tiempo de haber concluido el primero. Aún nos hallábamos en fase de estudio. Bastaría con poco para que todo se fuera de nuevo al garete. A lo mejor todavía no habíamos colgado de la percha nuestros años inquietos. Nos concentramos los dos: ella en sus enormes raviolis y yo en mi vodka. ¿Pensábamos en lo mismo?

Afuera se había esfumado el fresco traído por la lluvia, y el aire volvía a entibiarse, anunciando un lentísimo descenso hacia el invierno.

Frente al Museo Arqueológico y la iglesia de la Olivella los pubs estaban tan llenos que se desbordaban en la plaza. Delante del «Fuso Orario», un ejército de veinteañeros intentaba remontar la corriente de un rock ácido para conquistar un puesto de pie dentro del local. Difícil abrirse camino. Nos desviamos hacia Vía Spinuzza. Aunque pasaba de la una, Vía Roma estaba aún más atascada de coches que a mediodía. Nos encontrábamos casi en vísperas de Todos los Santos,

y los vendedores de juguetes habían instalado con anticipación los puestos de la Feria de los Muertos que colocan todos los años entre Via Cavour y la Olivella. Había un montón de gente que echaba un vistazo y compraba ya los regalos para los niños. Nos introdujimos en el flujo ascendente y admiramos como es debido los puestos de los turroneiros. Había uno tan gigantesco que llegaba casi al tercer piso de las casas, con todos los trozos de *gelato di campagna*⁶ alineados en las estanterías. Michelle comentó que parecía una alegoría. No le pregunté de qué por temor a la respuesta.

Antes de regresar al coche nos detuvimos a tomar un café en el megabar que habían abierto en Via Volturmo, al costado del Teatro Massimo. El teatro, en cambio, estaba cerrado, cada día más cerrado, rigurosamente cerrado⁷. *Closed, locked, fermé, geschlossen, chiuso*, atrancado, disecado, como el secreto, ultravigilado, metafórico —y, por tanto, inexpugnable— cinturón de castidad de la decana de nuestro Departamento.

—Sabe Dios qué esperan para entregarle la gestión al señor McDonald's.

—Reabrirla en diez minutos.

—La mayor fábrica de hamburguesas del mundo.

—Mejor confiárselo a uno de nuestros *meusari*⁸.

—Al titular de la *focacceria* Basile. Nada mejor. Digo más, me parece hasta obligatorio, dado el apellido.

—¿Y con el Politeama qué hacemos?

—La mayor bombonera del mundo. Se la entregamos a ese búlgaro empaquetador, a ese tal Christo, para que la gestione. Que la rellene de peladillas y la adorne con lazos de tul.

La acompañé a casa. Llegamos casi enseguida porque vive por la parte del Tribunale, en un apartamento que pertenece a su padre. Se mudó cuando se decidió a soltarle las amarras a su legítimo, el no añorado —esperaba yo— profesor Benito de Blasi Bosco, el más notable balón inflado que haya terminado jamás en el Guinness de los primates, entendidos en su acepción simiesca.

Michelle no me invitó a subir y yo no se lo pedí. Ya me había dicho que al día siguiente, aunque era domingo, tenía que madrugar por trabajo. Los madrugones de Michelle se producen casi al alba. Beso en la mejilla y adiós.

⁶Turrón blando, con los tres colores de la bandera italiana, típico de Sicilia.

⁷Lo estaba cuando se escribió este capítulo. (*N. del A.*)

⁸Vendedores callejeros de bocadillos de carne (*mèusa*).

Regresé a casa por Alberto Amedeo. En el Corso Vittorio, nada más pasar el Palacio Episcopal, sentí la tentación de doblar de nuevo por Via Bonello y echar una ojeada al sitio del muerto asesinado. Pero no, enfilé directo a casa.

Michelle me llamó un par de días después al Departamento.

—¿Lorenzo? Si yo no doy señales de vida...

Era injusta y lo sabía.

—A ver, ¿qué pasa?

—¿Nos vemos esta noche?

Detesto las conversaciones en las que se responde a una pregunta con otra. Incluso cuando lo hago yo. Pero bueno... Acordamos que me pasaría por su casa después del trabajo.

Mientras tanto, yo tenía mucho que hacer. El nuevo año académico (nótense las minúsculas autoagresivas, por favor) comenzaba dentro de poco, y debía dedicarme a inventar alguna novedad para el curso, pero todas mis zonas corticales oficialmente superiores languidecían. A decir verdad, tenía la sensación de que era yo el que languidecía en casi todos los sentidos. Tendría que intentar algo drástico, un gran giro existencial, como por ejemplo cambiarme la raya del pelo. Todo un problema cuando no lo tienes liso. Por otra parte, los alumnos ya no son lo que eran. Puedes hablarles con un ingenio que resucitaría a los hermanos Marx y al viejo Engels juntos, y ellos se quedan ahí, hechos unos pasmarotes, tomando apuntes como si estuvieras dictándoles la lista de la compra. ¿Qué ha sido de aquel bendito servilismo presentayochista?

A la hora indicada, salí disparado a casa de Michelle.

—Todavía no estoy lista —dijo por el portero automático—, ¿por qué no subes?

Me recibió en combinación. Sabe que le favorece. Las portadoras de combinación y nosotros, los meteorópatas terminales, duros y puros, representamos la última frontera, el único recurso, la última esperanza, en un mundo cada día más dominado por los informáticos y los reaccionarios. La vista de Michelle en combinación me evoca muchas veces imágenes de caravanas en el desierto de Arabia y sonidos suaves y ralentizados, como un solo de Chet Baker en un club de *jazz* invernal, humoso, subterráneo y nocturno.

¿Y si en espera del gran giro existencial comenzara con darle un giro a la tarde? Michelle no hacía más que pasar y volver a pasar por delante de mí sin motivo aparente, como no fuera producir frufús séricos y debilísimos aromas de amazona que yo percibía solo

porque tengo un olfato muy fino (largo plano secuencia: la cámara sigue las evoluciones de Michelle por todo el apartamento con un fondo de piano que toca *Moon River*, cuyo ejecutor podría ser cualquiera, excepto Oscar Peterson y Errol Garner; fundido final sobre el fuego que se consume en la chimenea, como de manual del pequeño guionista; lo cual es bastante problemático, dada la ausencia de chimeneas en casa de Michelle. ¿Y si uno de los radiadores se hiciera incandescente? Consejos para los nuevos).

Era tarde cuando salimos de su casa.

Un cuarto de hora después, sentados a una mesa de I Grilli, nos dedicábamos a escuchar un silencio no comprometedor, el silencio consciente de quien no necesita entablar una conversación a toda costa.

Fue ella la primera que lo interrumpió. De pronto, mientras masticaba un trozo de pez espada ahumado, se le vino algo a la cabeza e hizo un gesto brusco con la mano. Tragó todo tan rápidamente que casi se ahoga.

— Ah, casi lo olvidaba. ¿Te acuerdas de aquel tío de la otra tarde?

— ¿Quién, el del tiro? ¿Cómo se llamaba?

— Ghini. Umberto Ghini. Mi padre lo conocía.

— Bue...

— Sí. Era anticuario. ¿Y sabes qué? Tenía una tienda en Viena, una tienda de cierto nivel, según mi padre. Ghini's, se llama, Ghini's. Quería decírtelo porque como vas allí...

— ¿Y?

— Y nada. Te lo decía por decir, dada la coincidencia...

— Ah, vale.

Fin del incidente. ¿O debería decir principio?